



CANCIONES NUEVAS,

El modo que tienen de engañar à los hombres las Currutacas en las Ferias, en el Prado, y Plazuela de Santa Ana: las Marquesas de los Tejares: las que venden en la Plaza: prodigios de la Partida de la Manta; y explicacion del corage y valentía del Perro del Potagero en la Plaza de los Toros el lunes por la tarde 18 de Setiembre de 1815.

PRIMERA PARTE.

Las Currutacas de ferias
andan tan listas y sábias,
que al que hallan algo blando
bien las monedas le sacan:

Alelita, qué buenos pañuelos,
Alelita, qué bello abanico,
qué sortijas, qué pendientes:
cómprame algo, Chacho mio.

Con palabras zalameras
engañan al mas pintado,
pues como si fuera deuda
obligan feriarles algo:

Alelita, qué toma abellanas,
Alelita, qué nueces tan buenas:
aquí tengo un pañuelo
que cabe media fanega.

Se ponen muy adornadas,
muy lindas y muy compuestas;
bien que el tiempo lo permite,
porque están todas en ferias:

Alelita, hombres que me entien-
Alelita, ser listos y agudos: (den,
echad a vuestros bolsillos
quarenta ò cincuenta nudos.

Las Currutacas del Prado
(aquestas son mas maestras)
saben mejor reclutar,
que un blanquillo de bandera:

Alelita, tenga buenas noches,
Alelita, Señor Caballero,
pascémonos un rato.
porque está el tiempo seréno.

Tantean al penitente,
y si le ven algo tierno,
le dicen: cariño mio,
del estómago padezco:

Alelita, qué quieres mi vida,
Alelita, vamos al Café:
venga andaya, marrasquin,
leche Venus, luego té.

Para ostentar son hermosas
y que tienen buen color,
llevan en cada mexilla
media libra de arrebol:

Alelita, van tan petrimetas,
Alelita, que es cosa de risa
el contemplar que hay algunas,
que llevan la casa encima.

Adonde acuden frecuentes
otras tales sinforianas,
adonde llaman Prado chico
ò plazuela de Santa Ana:

Alelita, se sientan un rato,
Alelita, cerca de la fuente,
hasta que ven se les llega
algun pobre penitente.

Si nadie se les acerca,
se levantan con buen modo,
y con cierto disimulo
pisan, y tocan de codo:

Alelita, que son muy taímadas,
Alelita, no hacer caso de ellas,
no sea que Antonio Martin
os admita en su plazuela.

Hablemos algo de aquellas
camaristas del Canal,
Marquesas de los Tejares,
que la tropa bien sabrá:

Alelita, qué noble familia,
Alelita, qué son agradables;
se beberán mas quartillos
que seis docenas de sastres.

Estas son de medio pelo,
pero diestras en buscar,
pues quando à ellas les falte,
malo el cuento debe andar:

Alelita, ni queda lacayo,
Alelita, ni queda portero,
que le alivie la carga
al bolsillo en medio Credo.

SEGUNDA PARTE.

Suele hallar algun partido,
con aquestas el soldado,
sòlo si que se la pegan
quando le ven encerrado:

Alelita, pasó la Retreta,
Alelita, y andan à bandadas;
no digo vayan pérdidas,
ni lo serán sus pisadas.

El Domingo no harán falta
en sus estados ya dichos,
à visitar los lugares
que tributa lo debido:

Alelita, que soy malicioso,
Alelita, dirá la que entiende:
"el que ha sido cocinero,
bien de la cocina entiende."

Las que venden en la Plaza
son astutas como diestras;
mal fuego yo las pegáta
à los chismes y las cestas:

Alelita, que tengo navajas,
Alelita, que tengo tixerás,
no fuera malo tomarlas
para cortarles la lengua.

Estas piden quatro veces
mas que vale lo que venden;
y si alguno ofrece poco,
le ponen que es risa el verle:

Alelita, miren el Usía,
Alelita, miren el Marqués;
no hay mejor, por no escucharlas,
que es darse prisa à los pies.

Si vas à las verduleras
y vendedoras de callos,
es menester tener pecho
para oir tanto desgarró.

Alelita, qué gordos pimientos,
Alelita, qué ubas mas rebuenas,
y se tienen tanta envidia,
que gritan, ò se las pelan.

No debemos olvidar
la Partida de la Manta,
que tiene gran academia
por ensalzar mas su fama.

Alelita, cuidado Señores,
Alelita con las faltriqueras,
pues si pestañea alguno,
à Dios pañuelo y monedas.

Es grande esta Partida
que su número no cuento,
pues tienen en todas partes
de Madrid destacamento.

Alelita, no faltará alguno,
Alelita, que me esté escuchando,
que me dé dos mil razones
porque le habrán escamado.

A diez y ocho de Setiembre,
por la tarde, si me acuerdo,
salió à la plaza arrogante
el Perro del Potagero:

Alelita, y apenas divisan,
Alelita, los cuernos del toro
se le volvieron de miedo
todos los dientes de corcho.

Todo Madrid ha acudido
por ser tan grande la fama
del Perro del Potagero
à ver como se portaba:

Alelita, qué gusto fue el ver
Alelita, el toro enfadado:
pues sin llegar à morderle,
de un bufido le ha aterrado.

No saldrá mas à la plaza,
porque dicen que se ha muerto,
no de herida, sí de susto,
¡vaya que muy bien lo ha hecho!

Alelita, y aquí finalizo,
Alelita, aquestas canciones,
el que quiera abrir los ojos,
bueno será que las compre.

FIN.

VALENCIA:

EN LA IMPRENTA Y LIBRERIA DE MANUEL LOPEZ,

calle de Bordadores, número 11.

Año 1815.